



**Noam
Chomsky
La quinta
libertad**

CRÍTICA

Noam Chomsky

La quinta libertad

La intervención de los
Estados Unidos en América Central
y la lucha por la paz

Crítica

Barcelona

Primera edición: marzo de 1988
Primera edición en esta nueva presentación: junio de 2015

La quinta libertad
Noam Chomsky

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: TURNING THE TIDE. US Intervention in Central America and the Struggle for Peace
South End Press, Boston

© Noam Chomsky, 1985
© de la traducción, Carmen Castells, 1988

© Editorial Planeta S.A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-858-7
Depósito legal: B. 10.779 - 2015

2015. Impreso y encuadernado en España por Reinbook

ÍNDICE

Introducción	7
1. <i>Apuntes sobre el mundo libre</i>	11
1. Las miserias de la vida tradicional	15
2. Reto y respuesta: Nicaragua	20
3. Reto y respuesta: El Salvador	28
3.1. La época de Carter	28
3.2. Reagan toma el mando	35
4. Reto y respuesta: Guatemala	50
5. La administración Reagan y los derechos humanos	55
6. La contribución de los estados mercenarios	58
7. La planificación del terror de estado	63
8. Las miserias de la vida tradicional: nota adicional	67
2. <i>La quinta libertad</i>	73
1. Retórica y realidad	73
2. Las percepciones de los planificadores	78
3. Latinoamérica: «un incidente, no un fin»	96
4. Planificación de la hegemonía global	103
5. Los crímenes de Nicaragua	117
3. <i>Pautas de intervención</i>	137
1. En defensa de nuestra soberanía	137
2. El imperio de la ley y el imperio de la fuerza	144
3. Los Estados Unidos y El Salvador desde una perspectiva histórica	153
4. El terrorismo de estado contemporáneo: el sistema establecido	157

5.	Las torturas en El Salvador: métodos utilizados	162
5.1.	La guerra de Carter	162
5.2.	El papel de Duarte	175
5.3.	Hacia la «democracia» en El Salvador	187
5.4.	El sistema propagandístico a toda marcha	188
5.5.	La guerra a toda marcha	195
5.6.	La reacción en Estados Unidos: el terror triunfante y sus recompensas	198
6.	Torturando a Nicaragua	203
6.1.	Antes de la crisis	203
6.2.	La guerra por poderes	205
6.3.	Las elecciones y la oposición	218
6.4.	La prensa libre en acción	223
6.5.	Una instantánea del mundo civilizado	228
7.	En cualquier parte de la zona	233
7.1.	Torturando en La Española	233
7.2.	Torturando en Guatemala	245
8.	Los derechos humanos, el aumento del nivel de vida y la democratización	251
9.	La asombrosa nobleza de nuestras intenciones	258
4.	<i>La carrera hacia la destrucción</i>	272
1.	La amenaza de una guerra global	272
2.	La campaña para la congelación nuclear: éxitos y fracasos	281
3.	Las lecciones a aprender	285
4.	La defensa contra el Gran Satán: la doctrina y la evidencia	302
4.1.	La defensa del territorio nacional	302
4.2.	La defensa de Europa Occidental	304
4.3.	La doctrina de contención	308
4.4.	Conteniendo la resistencia antifascista: de los campos de exterminio a los escuadrones de la muerte	310
4.5.	La escalada del sistema del Pentágono: los pretextos y la evidencia	321
5.	Las raíces del sistema del Pentágono	329
6.	Las consecuencias	342
7.	Las realidades de la guerra fría	344

5. <i>El reto</i>	349
1. El contraataque «conservador»	349
1.1. Enfrentándose a la amenaza de democracia en los Estados Unidos	349
1.2. El ataque a los trabajadores	356
1.3. El ataque contra los derechos	358
1.4. El ataque contra el pensamiento indepen- diente	361
1.5. Las inversiones para controlar el Estado: el sistema político de la democracia capitalista .	366
1.6. «El blanco último»: la conciencia pública .	370
1.7. Los éxitos domésticos del «conservadurismo»	372
2. Las oportunidades para una acción constructiva .	375
2.1. El sistema de control: sus puntos débiles .	375
2.2. El «giro hacia la derecha»: retórica y realidad	377
2.3. El cambio de rumbo	386
Índice alfabético	399

1. APUNTES SOBRE EL MUNDO LIBRE

John Jay, presidente del Congreso Continental y presidente del Tribunal Supremo estadounidense, afirmó que «son los propietarios del país quienes debieran gobernarlo».¹ De hecho, su aseveración no está lejos de la realidad. Una característica particular y específica de los Estados Unidos es el alto grado de conciencia de clase existente entre las clases empresariales, el bajísimo nivel de conciencia de clase (especialmente en esta época) de los trabajadores, y la aquiescencia generalizada de la *intelligentsia*. Desde la segunda guerra mundial, los Estados Unidos han gozado de una posición de predominio en los asuntos mundiales, con pocos, si es que hubo alguno, paralelismos históricos, aunque mucho antes se habían convertido ya, con considerable diferencia, en la mayor potencia industrial. Naturalmente, las élites estadounidenses eran conscientes de ello y decidieron aprovechar las oportunidades de expansión que se les ofrecían. Se han dedicado desde entonces a una cuidadosa planificación y están dispuestas a recurrir a la subversión y a la violencia a gran escala para mantener o ampliar su posición de dominio, que, según el sistema doctrinal vigente, les pertenece por derecho, habida cuenta de la excelencia única del Estado que ellas o sus representantes gobiernan.

Hay aspectos de la historia e instituciones norteamericanas que corroboran las pretensiones de los ideólogos, pero su consideración global es menos grata, como han admitido diversas personas a lo largo del tiempo. El fundador de la comunidad utópica Oneida, John Humphrey, describió en 1830 a los Estados Unidos como «a una libertina abotargada y fanfarrona ... que con una mano azota a un

1. Frank Monaghan, *John Jay*, Bobbs-Merrill, 1935, p. 323. Según Monaghan, ésta era «una de sus máximas favoritas».

negro atado a un poste de la libertad y con la otra arroja contra el suelo a un indio demacrado».² Durante el cambio de siglo, mientras sus compañeros iban y venían de asesinar indios a aniquilar «negros» rebeldes en las Filipinas, Mark Twain escribió su versión de «The Battle Hymn of the Republic»:³

Mis ojos han contemplado la orgía del estreno de la Espada.
Está buscando las arcas donde reposan las riquezas de los extranjeros.
Desencadenó sus rayos fatídicos, dejando huellas de dolor y muerte
Su pasión es seguir avanzando.

Si hoy en día cualquier revolución en el Tercer Mundo repitiera la historia de los Estados Unidos —esclavizando literalmente a seres humanos, diezmando y expulsando brutalmente a la población autóctona—, la reacción sería de horror e incredulidad. Podemos recordar, por ejemplo, que la primera declaración de libertad fue promulgada por el gobernador británico de Virginia en 1775, y que naciones a las que —según Theodore Roosevelt y los demás intervencionistas que llegan hasta nuestros días— debemos dar lecciones de «civilización», abolieron la esclavitud en América Central en 1821.⁴ La conquista del territorio nacional y el ejercicio del poder estadounidense en gran parte del mundo ni siquiera merecerían la aprobación de los incondicionales.

Ninguna región del mundo ha sufrido tanta influencia de los Estados Unidos y durante tanto tiempo como la zona del Caribe y América Central. Podemos ilustrar la amplitud y las características de la influencia estadounidense con, por ejemplo, el establecimiento a principios de siglo del Banco Nacional de Nicaragua, que pertenecía casi en su totalidad al New York Brown Brothers Bank. Su junta directiva «se reunía en Nueva York y estaba compuesta en su totalidad por representantes estadounidenses del Brown Brothers, excepción hecha de la presencia simbólica de un nicaragüense»; mientras tanto, los bancos estadounidenses percibían los beneficios de la red nacional de ferrocarriles y de las líneas de barcos de vapor, y una comisión afín a Estados Unidos instaba a Nicaragua al pago

2. David Brion Davis, *Slavery and Human Progress*, Oxford, 1984, p. 151.

3. David Bain, *Sitting in Darkness*, Houghton Mifflin, 1984, p. 2.

4. Leon Higginbotham, *In the Matter of Color*, Oxford, 1978, p. 372; John Booth, *The End and The Beginning*, Westview, 1985, p. 17.

de unas fraudulentas «reclamaciones por daños y perjuicios», que excedían a las inversiones estadounidenses en el país, daños supuestamente «provocados por desórdenes civiles». O por poner otro ejemplo, un intento de golpe de estado en Honduras en 1923, efectuado por un cliente local de la United Fruit (virtual propietaria del país), condujo a una intervención militar de los Estados Unidos y a un acuerdo auspiciado por el Departamento de Estado: «El poder estadounidense ha llegado a ser tan global que las fuerzas militares y la United Fruit podrían luchar entre sí para ver quién se hacía con el control del gobierno hondureño, con el Departamento de Estado como árbitro». El cliente de la United Fruit tomó el poder en 1932 «y gobernó su país, mano a mano con la United Fruit, durante los diecisiete años siguientes».⁵ A lo largo de la historia moderna han sucedido muchos casos similares.

Así las cosas, si deseamos aprender algo sobre nosotros mismos, es natural que miremos a la zona caribeña y de América Central, tal como miramos a Europa oriental o «imperio interior» si deseamos aprender algo acerca de la Unión Soviética. La imagen que aparece ante nuestros ojos no es nada agradable. La región es una de las cámaras de horrores más espantosas del mundo, con una depauperación generalizada y condiciones laborales de semiesclavitud; se trata de una zona torturada y masacrada por los clientes de Estados Unidos. Prácticamente, cada intento de emprender un cambio constructivo se ha encontrado con una nueva dosis de violencia estadounidense, incluso cuando los han iniciado grupos autónomos de inspiración cristiana o personajes políticos forjados a imagen y semejanza del *New Deal* rooseveltiano. Una vez más estamos viviendo en uno de esos períodos, de hecho el peor de todos ellos, que ya es mucho decir.⁶

Mientras reina la disciplina, la región no despierta gran interés

5. Booth, *End and Beginning*, pp. 32-33; Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions*, Norton, 1983, p. 62.

6. Para un estudio informativo, véase LaFeber, *Inevitable Revolutions*; Jenny Pearce, *Under the Eagle*, Latin American Bureau, Londres, 1981; otra ed., South End, 1982. Sobre el papel de los Estados Unidos en Guatemala y en El Salvador, especialmente desde que la administración Kennedy elevó el nivel de salvajismo a unas cotas sin precedentes, véase Michael McClintock, *The American Connection*, Zed Press, 1985, 2 vols. Para una visión más general, véase PEHR.

en los Estados Unidos. La despreocupación imperante se revela, por ejemplo, en el tratamiento (o mejor, en su carencia) dado a la sangrienta campaña contrainsurgente de Woodrow Wilson en la República Dominicana. La campaña recibió su primer estudio académico detallado con sesenta años de retraso.⁷ Lo mismo puede decirse del caso de William Krehm, corresponsal del *Time* en el Caribe y América Central en los años cuarenta. Su libro sobre la región —un acontecimiento atípico en sí mismo— se publicó en México en 1948 y posteriormente en toda América Latina; la versión original inglesa se ha publicado treinta y seis años más tarde.⁸ La solapa del libro indicaba que *Time* rehusó publicarlo por temor a que gran parte de su contenido resultara ofensivo para las grandes corporaciones, así como que el libro fue considerado demasiado polémico por los editores estadounidenses. La falta de interés, consecuencia de la falta de amenazas creíbles al control de los Estados Unidos en aquella época, podría bastar para explicar el largo período en que su edición no fue considerada. Los dos libros que acabamos de citar aparecieron en 1984, coincidiendo con el desafío al dominio norteamericano y, por tanto, con una gran preocupación por el destino de la región. Nuestra falta de interés, mientras la plebe no hace ruidos molestos, no es algo de lo que enorgullecerse.

La brutal y corrupta dictadura de Somoza fue durante mucho tiempo un aliado de confianza de los Estados Unidos y una base desde donde proyectar su poder militar: para acabar con la democracia en Guatemala en 1954, para atacar Cuba en 1961, para dar al traste con la amenaza de democracia en la República Dominicana en 1965, y en El Salvador en 1972.⁹ La caída de la dictadura en 1979, junto con la renovada amenaza al régimen militar en Guatemala y la expansión de las organizaciones populares en El Salvador, trajo consigo el incremento de la intervención de los Estados Unidos y catapultó a la región a las primeras páginas de la prensa. Veamos la imagen que aparece en el punto de mira de esta renovada atención.

7. Bruce Calder, *The Impact of Intervention*, Texas, 1984.

8. William Krehm, *Democracies and Tyrannies of the Caribbean*, Lawrence Hill, 1984.

9. Volveremos a referirnos a estos casos. Sólo en el último de ellos el tema fue incidental antes que central para las preocupaciones estadounidenses.

1. LAS MISERIAS DE LA VIDA TRADICIONAL

De entre los muchos honrados y abnegados norteamericanos que fueron a ver por sí mismos destaca Charles Clements, graduado en la Academia de las Fuerzas Aéreas estadounidenses y ex-piloto en Vietnam, que fue enviado a un hospital psiquiátrico por negarse a volar en posteriores misiones. Pacifista comprometido, viajó a El Salvador en marzo de 1982, y durante un año fue el único médico cualificado en Guazapa, región controlada por los rebeldes situada a unos 15 km de San Salvador, una zona de tiro a discreción en la que cualquier persona u objeto constituye un blanco legítimo. Allí presencié directamente el terror de la guerra instigada por los Estados Unidos contra El Salvador rural, vivió con los *campesinos*,* «muchos [de los cuales] habían sido torturados y mutilados por especialistas adiestrados en las sofisticadas tácticas de la violencia, a menudo por nuestros propios consejeros militares», en palabras de Murat Williams, embajador estadounidense en El Salvador de 1961 a 1964, cuando la administración Kennedy estableció el sistema de un eficaz terror estatal.

Clements presencié los ataques a pueblos con artillería y armas de fuego transportadas en aviones y helicópteros, las matanzas causadas por aviones de reacción de procedencia estadounidense, que disparaban contra campesinos indefensos: vio las ruinas de los pueblos destrozados por las fuerzas gubernamentales y la destrucción de cosechas y rebaños para asegurar la miseria, siempre inminente. Como de costumbre, las peores atrocidades fueron cometidas por los batallones de élite adiestrados por estadounidenses (Atlacatl, Ramón Belloso) y por unidades de artillería y de aviación que empleaban tácticas concebidas por Estados Unidos en Vietnam y aprendidas de consejeros estadounidenses. Clements curó cuerpos mutilados por la tortura y a las víctimas de ataques con napalm, bombas de gasolina y cohetes de fósforo blanco usados como armas antipersonales contra civiles. Escuché los relatos de personas cuyas familias habían sido acuchilladas hasta morir por miembros de la Guardia Nacional, o de quienes habían escapado a gatas de debajo de un montón de cadá-

* En castellano en el original. A partir de este momento las palabras castellanas que aparezcan en cursiva figuraban ya en castellano en el texto original. (N. de la t.)

veres de civiles, aprisionados y descuartizados con machetes y mutilados por tropas entrenadas por Estados Unidos, o bien de aquellos a quienes se había sometido a la horrible tortura de no recibir ayuda médica alguna, ya que los médicos no estaban dispuestos a «poner en peligro sus vidas para curar a alguien que hubiera sido torturado por las fuerzas de seguridad». Utilizando un *scanner* de fabricación estadounidense, pudo oír las voces de los consejeros americanos que dirigían las tropas en sus misiones de asesinato masivo.

También supo del valor de los *campesinos*, de su «sentido de comunidad y de su esperanza», de sus escuelas y de sus rudimentarios servicios de salud, de los programas comunitarios al modo de las comunidades de base cristiana (una revelación para gentes que durante un siglo habían vivido prácticamente en la esclavitud, justo desde el momento en que la oligarquía se apoderó de la mayor parte del territorio —mediante una combinación de argucias legales y violencia— para disfrutar de los beneficios del auge repentino del café) y de su determinación de construir su nueva sociedad, a pesar de que el gobierno salvadoreño tratase de destruirlos.¹⁰

Pero lo que más le impresionó fueron las palabras de un seglar de una de las comunidades cristianas de base:

Ustedes los gringos siempre están preocupados por la violencia ejercida con fusiles ametralladores y machetes. Pero existe otra clase de violencia que también deben tener en cuenta. Yo trabajaba en la hacienda, mi tarea era cuidar a los perros del dueño. Yo les daba carne y leche, alimentos que no podía dar a mi propia familia. Cuando los perros enfermaban, les llevaba al veterinario en Suchitoto o San Salvador. Cuando mis hijos enfermaban, el *dueño* me daba ánimos, pero ninguna medicina, hasta que morían.

Ver a tus hijos morir víctimas del hambre y de la enfermedad sin poder hacer nada es una violencia para el espíritu, que nosotros hemos sufrido en silencio durante demasiados años. ¿Por qué ustedes los gringos no se preocupan por esta clase de violencia?

Aquel viejo se equivocaba. A los gringos no nos preocupa la violencia ejercida con los fusiles ametralladores y los machetes. Mejor dicho, dedicamos nuestra incomparable riqueza y poderío a asegurar

10. Charles Clements, *Witness to War*, Bantam, 1984, prólogo de Murat Williams.

que este tipo de violencia prosiga sin estorbos, y elogiamos sus éxitos, junto a los proveedores de tanques franceses, de fusiles ametralladores, aviones y napalm israelíes, o a los mercaderes de armas alemanas, suizas y belgas y otras gentes civilizadas cuyas atrocidades no conocen límite alguno cuando la plebe amenaza con romper sus cadenas, pero que por lo demás se contentan con mirar a otro lado. Sea como fuere, su comentario no era desatinado. La violencia de la vida cotidiana en las zonas sometidas a nuestro control e influencia no se considera un tema digno de atención o preocupación, excepto en los momentos en que el orden está amenazado.

Tom Buckley, periodista estadounidense que visitó una plantación de café en El Salvador en 1981, nos ofrece unos apuntes de la vida cotidiana en esa zona.¹¹ La mayoría de los trabajadores y sus familias vivían en un largo edificio de un piso, con una estancia de menos de 10 m² para cada familia de dos adultos con varios niños, y los lavabos a 15 metros cuesta abajo. Algunos de los nuevos *ranchitos* de muestra eran un poco mayores:

Como viviendas para las labores agrícolas en El Salvador no estaban mal, pero el mobiliario escaseaba y era modesto, y el ambiente era de miseria y desesperanza.

Una anciana estaba sentada enfrente de uno de esos *ranchitos*. Tenía el tobillo y la pierna izquierda vendados con harapos, casi hasta la rodilla. Me dijo que creía haberse roto el tobillo. Hernández (el capataz, que dirigía la plantación en ausencia de los propietarios, que estaban en Florida) le preguntó si había ido al practicante. Ella respondió que no. Su cojera no le permitía ir al hospital y el practicante no atendía llamadas a domicilio. Otra mujer más joven se sentó en una hamaca frente a otro *ranchito*. A su lado, un cesto hacía las veces de cuna. En su interior había un niño, inmóvil. Tenía el estómago hinchado y sus miembros y su rostro estaban tan delgados que su piel parecía translúcida. Hernández preguntó qué sucedía. «Es su estómago —contestó la mujer—, la comida no le sienta bien», y explicó que había llevado al niño al médico pero que éste le había dicho que no se podía hacer nada. La voz de la mujer era vaga y monótona, como si hablar le resultase un esfuerzo insoportable.

«No creo que le llevase —dijo Hernández cuando regresó a su roulotte—. Puede parecer terrible, pero la muerte de los niños es

11. Tom Buckley, *Violent Neighbors*, Times Books, 1984, pp. 122-123.

algo tan habitual que se acepta, y no representa gran cosa para estas gentes.»

Jeane Kirkpatrick, sádica adalid de la administración Reagan, comparte el parecer de Hernández basándose en su vasta experiencia acerca de la vida rural en el Tercer Mundo:¹²

Los autócratas tradicionales [a quienes, según Kirkpatrick, apoyamos y debemos apoyar] dejan en el lugar las cuotas existentes de riqueza, poder, status y demás recursos que en las sociedades más tradicionales favorecen a unos pocos privilegiados y mantienen a las masas en la pobreza. Pero adoran a los dioses tradicionales y observan los tabúes tradicionales. No alteran los ritmos habituales de trabajo y de ocio, sus puntos de residencia habituales y los modelos al uso de relaciones familiares y personales. Las miserias de la vida tradicional les son familiares, resultan soportables para la gente corriente que crece en esa sociedad y aprenden a arreglárselas, como los niños intocables de la India adquieren las habilidades y actitudes necesarias para sobrevivir en los miserables papeles que están destinados a desempeñar.

Kirkpatrick añade además que «estas sociedades no crean refugiados»: sólo un 20 por 100 de la población del Caribe ha ido a los Estados Unidos, muchos de ellos ilegalmente, para escapar de los agobios de la pobreza y de la opresión (el 40 por 100 desde Puerto Rico, donde el acceso resulta más fácil), incluyendo a 40.000 habitantes de Haití desde 1979. Muchos de ellos eran *boat people*, a quienes la administración Carter trató de hacer regresar a la miseria de la que huían «observando estrictamente la política de derechos humanos de la administración» —como aseguraba su portavoz—, por no hablar del enorme flujo de refugiados procedentes de los estados de terror y tortura establecidos a partir de los años sesenta con el apoyo de los Estados Unidos, incluyendo un 20 por 100 de la población del Uruguay, las más de 100.000 víctimas del terror de Somoza en 1978, 140.000 *boat people* que escapaban de Filipinas a Sabah a mediados de los setenta, y muchos más; o de las cifras cada vez mayores de refugiados interiores que huyen del terror estatal y de los hacinados en «áreas de seguridad» por los terroristas de

12. *Commentary*, noviembre de 1979.

estado.¹³ Por si fuera poco, esta enorme avalancha de refugiados aumentó espectacularmente como consecuencia de la política a la que Kirkpatrick contribuyó notablemente poco después de efectuar estas declaraciones que tanto impresionaron a los consejeros de Reagan. En El Salvador, «aproximadamente una cuarta parte de los salvadoreños han huido (o han sido expulsados por la fuerza) de sus hogares», incluyendo a muchos que escaparon del terror a Estados Unidos, donde las autoridades trataban de devolverlos a la privación, a la tortura y al asesinato. En 1984, sólo fueron admitidos legalmente como refugiados 93 salvadoreños y ningún guatemalteco, del millón de personas que habían huido de estos países; sólo un 1 por 100 de guatemaltecos y un 1 por 100 de salvadoreños obtuvieron asilo político, en comparación a un 52 por 100 de búlgaros y a un 51 por 100 de rusos, países en donde las miserias de la vida cotidiana, o la amenaza real a la existencia, no pueden compararse con las que se sufren en estos países durante tanto tiempo beneficiarios de las atenciones de los Estados Unidos.¹⁴

La imagen descrita por el seglar en El Salvador, o por Tom Buckley, se repite en muchas zonas del mundo. El «patrón al uso» se encuentra en un personaje del clásico *Fontamara* de Ignazio Silone, que relata la vida de los campesinos en el sur de Italia, al describir la jerarquía de la «vida tradicional»:

Por encima de todas las cosas está Dios, Señor de los Cielos.

Todo el mundo lo sabe.

Después viene el Príncipe Torlonia, señor de la tierra.

Después viene la guardia del Príncipe Torlonia.

Después vienen los perros de la guardia del Príncipe Torlonia.

Después, nada en absoluto.

Después, nada en absoluto.

13. Tom Barry, Beth Wood y Deb Preusch, *The Other Side of Paradise*, Grave, 1984; Edward Herman, *The Real Terror Network*, South End, 1982; PEHR, II, capítulo tercero. El capítulo segundo está dedicado al flujo de refugiados procedentes de las colonias estadounidenses, una de las zonas más ricas del mundo, que huían por temor a los rebeldes victoriosos, y a la *boat people* que huyó del terror hacia Nueva Escocia, donde murieron en la miseria durante el crudo invierno. Estos dos millones de refugiados supondrían casi el 4 por 100 de la población de Vietnam, un país asolado y destruido por la cruel agresión.

14. *Draining the Sea ...*, Americas Watch, marzo de 1985, p. ii; Arthur Helton, *NYT* (2 de abril de 1985).

Después, nada en absoluto.
Después vienen los campesinos. Y eso es todo.

Para adaptar la descripción a nuestro ámbito basta con agregar a los Estados Unidos, una sombra emanada del Señor de los Cielos que se ocupa de su sagrada tarea, como suelen decirnos a menudo nuestros líderes.

2. RETO Y RESPUESTA: NICARAGUA

Lo que Buckley vio es el tipo de sociedad que hemos ayudado a crear y a mantener tras un siglo de intervencionismo, y que ahora tratamos de asegurar o restaurar. En algunos casos, como sucede ahora en Nicaragua, los patrones al uso están amenazados. Así, en Nicaragua, las prioridades del gobierno sandinista «intentan que la mayoría pobre de Nicaragua tenga acceso a, y sean los primeros beneficiarios de programas públicos», de acuerdo con la «lógica de la mayoría», concepto que «conlleva la redistribución del acceso a los bienes y a los servicios públicos», en beneficio de la mayoría pobre, y el apoyo a «organizaciones de masas que comprometan a un gran número de personas en las decisiones que afectarán a sus vidas».¹⁵ En estos momentos la vida normal está sufriendo algunos cambios: de hecho, dos tipos de cambio, que vamos a analizar a continuación.

Uno es el descrito en un informe de Jethro Pettit, delegado para Latinoamérica de Oxfam America:¹⁶

«Antes de la revolución no participábamos en nada, y sólo aprendíamos a hacer tortillas, a guisar judías y a hacer lo que nos

15. *The Electoral process in Nicaragua*, Latin American Studies Association (LASA), publicación oficial (19 de noviembre de 1984), informe de una delegación de LASA que actuó de observadora en las elecciones de noviembre de 1984. El presidente electo de LASA, Wayne Cornelius, encabezaba la delegación, que estaba compuesta por el anterior presidente, miembros del consejo ejecutivo, miembros de la asociación especializados en América Central y especialistas (casi la mitad de la delegación restante) con notable experiencia de campo en Nicaragua.

16. *Oxfam America Special Report 7* (enero de 1985).

mandaba nuestro marido. En sólo cinco años hemos presenciado muchos cambios, ¡y seguimos trabajando en ello!»

Esmilda Flores pertenece a una cooperativa agrícola situada en las montañas al norte de Estelí, en Nicaragua. Junto a otras siete mujeres y quince hombres trabaja unas tierras que antiguamente eran una plantación de café perteneciente a un propietario ausentista.

Después de la revolución de 1979, las familias que habían trabajado la tierra se convirtieron en sus propietarias, y diversificaron la producción para obtener maíz, judías, patatas y coles; tenían también un rebaño de vacas lecheras.

«Antes, teníamos que alquilar alguna pequeña parcela para cultivar los alimentos —dijo Flores—. ¡Y teníamos que dar la mitad de la cosecha al propietario! Ahora trabajamos tanto como antes (en el campo y en la casa), pero hay una diferencia: ahora trabajamos para nosotros.»

Las mujeres en Nicaragua, como en la mayor parte de la Latinoamérica rural, desempeñan una enorme carga de trabajo [como en todo el Tercer Mundo]. No sólo son la base principal de la fuerza de trabajo agrícola (el 40 por 100 de los trabajadores agrícolas son mujeres), sino que son las responsables de cuidar a los hijos, de preparar la comida y de la mayor parte de las tareas domésticas.

El rol de la mujer no ha sufrido un cambio repentino con la revolución, pero se está produciendo una profunda modificación en las actitudes culturales, como resultado de su intensa participación en la reconstrucción social de Nicaragua. Las mujeres han tomado la iniciativa en los programas de alfabetización de adultos, tanto como profesoras o como alumnas. Han asumido papeles clave en la promoción de la salud en el ámbito rural y en las campañas de vacunación.

Pettit continúa describiendo las nuevas organizaciones rurales que tratan de mejorar las condiciones de vida y de trabajo para los obreros agrícolas, ofrecen formación profesional, asesoramiento técnico, créditos, semillas y aperos de labranza, etc. Clements informó de procesos similares en la zona ocupada por los rebeldes en El Salvador, donde trabajó, como hicieron muchos otros, aunque no es frecuente entre la prensa estadounidense.¹⁷

17. Para informes sobre Nicaragua, véase Joseph Collins *et al.*, *What Difference Could a Revolution Make?*, Institute for Food and Development Policy, 1982; Booth, *End and Beginning*.

Pero estas no son las únicas consecuencias que se producen cuando las bestias de carga que padecen la vida tradicional no son capaces de percibir que sus miserias son totalmente llevaderas para Washington. He aquí otro ejemplo de un cambio diferente, descrito por una mujer, madre de dos hijos, que vivía en Estelí, no lejos de la cooperativa de Esmilda Flores:¹⁸

Cinco de ellos me violaron, a las cinco de la tarde ... me violaron cada día. Cuando mi vagina no pudo resistir más, me violaron por el recto. Calculo que en cinco días me violaron unas 60 veces.

También vio con sus propios ojos cómo los «luchadores por la libertad» apalearon a su marido y sacaron los ojos a otro civil antes de asesinarlo.

Otro testigo describe un ataque de la *contra* a su cooperativa, en abril de 1984:

Destruyeron casi todo lo que era la cooperativa: la máquina de secar el café, los dos dormitorios de los recolectores, los generadores de electricidad, siete vacas, la fábrica, el almacén de los alimentos. Había un muchacho de unos quince años, retrasado y aquejado de epilepsia. Cuando regresamos... vimos que lo habían degollado, le habían abierto el estómago y le habían dejado los intestinos colgando en el suelo, como una cuerda. Hicieron lo mismo con Juan Corrales, que resultó medio muerto por un balazo durante la lucha. Le abrieron en canal, le sacaron los intestinos y le cortaron los testículos.

En Miami —junto con Washington, la base de la guerra contra Nicaragua y uno de los mayores centros mundiales del terrorismo internacional— Adolfo Calero, director político-militar del núcleo central del ejército filial de los Estados Unidos (el FDN), afirmó que «no existe ninguna diferencia, ni siquiera una pequeña diferen-

18. Reed Brody, *Contra Terror in Nicaragua*, South End, 1985. El informe de esta comisión de investigación incluye 140 páginas de testimonios similares, con unas 150 declaraciones juradas. La investigación, llevada a cabo por iniciativa de un bufete de abogados de Nueva York que representaba los intereses nicaragüenses, se encomendó a Reed Brody, antiguo ayudante del procurador general del estado de Nueva York, a la religiosa Sandra Price, que trabajaba en Nicaragua desde 1981, y a James Bordelon, estudiante de derecho.

cia, entre una granja civil del gobierno y un puesto militar sandinista», así pues, el asesinato arbitrario de civiles está plenamente justificado. Calero está considerado como un personaje valioso y un paladín de la democracia por nuestros compatriotas partidarios del asesinato en masa, las mutilaciones, torturas y degradación.¹⁹

Una madre describe el rapto de su marido, un seglar, y de sus cinco hijos. Cuando los encontró al día siguiente, «estaban completamente descuartizados. Tenían las orejas arrancadas, les habían degollado y les habían cortado la nariz y otros miembros». Un párroco americano informó que en esa zona, de tres pueblos y de comunidades desparramadas por la montaña, los ataques de la *contra* habían causado «cientos de muertos y miles de personas habían quedado sin hogar», incluyendo a algunas de Honduras. Un maestro misquito que fue raptado por los *contras* describió las torturas a las que él y otras ocho personas más fueron sometidos en Honduras, donde las autoridades estadounidenses no pueden fingir ignorancia sobre las actividades de sus agentes:

Por la tarde, me sumergieron en el agua desde las 7 hasta la 1 de la madrugada. A las 7 de la mañana me hicieron recoger la basura de la cala en ropa interior, a pesar del frío. La cala estaba realmente helada. Permanecí allí durante cuatro horas. Me arrojaron sobre un hormiguero, y me ataron boca abajo sobre él. Las hormigas me picaban, me revolví tratando de librarme de ellas, pero eran demasiadas... Me golpearon de la cabeza hasta los pies. Después me dieron una inyección para calmarme un poco, y al rato me golpearon otra vez.

19. NYT (23 de noviembre de 1984); peor aún, Calero añadió que «no estamos matando civiles. Estamos combatiendo contra gente armada y abrimos fuego contra ellos después de que ellos hayan disparado contra nosotros» desde cooperativas (que sorprendentemente tenían guardias armados), justificando así la masacre de civiles que no son civiles cuando los soldados de la *contra*, que paseaban cerca de las cooperativas para disfrutar del panorama, son atacados por estos terroristas. Véase también la página de publicidad en apoyo a la «resistencia democrática», publicada el 2 de junio de 1985 en el NYT, encabezada por Calero, en la que firmaron Martin Peretz y Leon Wieseltier del *New Republic*, junto a habituales apologetas de las atrocidades estadounidenses como Sidney Hook y John Silber y algunas lumbreras más: Morris Abram, Hyman Bookbinder, Penn Kemble, Samuel Huntington, Seymour Martin Lipset, Michael Novat, Albert Shanker, Allen Weinstein, Ben Wattenberg, etc.